

*

* *

JUANA DE IBARBOUROU, *Chico Carlo*.—Montevideo, Casa A. Barreiro y Ramos, S. A., 1944. 132 pp.

“Cuando yo era niño, también Dios se hizo niño para venir a jugar conmigo”: La inolvidable afirmación de Tagore podría ir muy bien de epígrafe en este libro delicioso de gracia y de ternura. Juana de Ibarbourou nos dice, en el proemio: “Yo sé que fui feliz, amada, buena, que todo lo que narro en este libro es verdad, y que la vida entonces era como el paraíso de los elegidos de Dios. ¡Y todo me parece un cuento!” Y he aquí, en una *suite* poemática, de prosa depurada y musical, ese cuento. La evocación de esa infancia dichosa —con pausas melancólicas— aparece, en estas páginas, como idealizada en una neblina celeste, de tembloroso angelismo. Y, sin embargo, ¡qué riqueza de detalles realistas en cada una de estas estampas, en el recuerdo de seres y acaeceres! ¡Con qué rasgos tan nítidos está retratado Chico Carlo, el compañero de toda la infancia, cuya psicología aparece aquí captada con toda agudeza! Y el aya negra, símbolo de candor y de fidelidad, de voz dulcísima que regalaba la oración, la nana y el cuento mágico . . . Y la vida en una pequeña ciudad uruguayana, vista por los ojos curiosos y límpidos de una criatura de ensueño . . . “La mancha de humedad” (para nuestro gusto, lo más emotivo y poético de este libro todo emoción y poesía) nos habla bien de ese don de sublimar las cosas humildes, que ya bendecía la imaginación de la criatura evocada en las presentes páginas. En este mundo de asombro y de beatitud, de gracilidad y de sonrisa, de ensueño y de amistad, los seres más insignificantes aparecen —como lo grande, lo familiar, lo querido— envueltos también en ese halo de mansedumbre y de nobleza, y tienen también una misión, un significado, un recuerdo. En este aire abierto a la fantasía, se estremece una leve melancolía, de ensueño irrealizado, de nerviosidad niña. Pero hasta esa melancolía se hace bienhechora, por el sortilegio de la emoción.

Este libro de prosa alquitarada, en su delicado juego de imágenes, se incorpora gallardamente a la obra total de Juana de Ibarbourou, cuyo elogio ya no es necesario. La edición, de una elegante sobriedad, se enriquece con las ilustraciones en que el arte sutil de Amalia Nieto ha sabido interpretar tan noblemente algunos de los “momentos” de estas evocaciones.